

LOS CUATRO BESOS DEL SACERDOTE EN LA MISA



Catherine Leblanc / Godong

Ks. Michał Lubowicki - publicado el 01/06/23

El cuerpo participa en la liturgia al mismo nivel que el intelecto y la emotividad. Es difícil imaginar que la Eucaristía, en cuyo centro oímos: "esto es mi cuerpo", pudiera ignorar nuestra corporeidad a lo largo de su celebración

La liturgia de la Santa Misa nos involucra a todos. Participar en ella no es sólo asimilar intelectualmente el contenido de las oraciones y lecturas de las Sagradas Escrituras. Los gestos y las posturas que adoptamos también son parte importante e indispensable de la liturgia.

La Introducción General del Misal Romano (IGMR) en el punto 42 dice:

«Los gestos y posturas corporales, tanto del sacerdote, del diácono y de los ministros, como del pueblo, deben tender a que toda la celebración resplandezca por el noble decoro y por la sencillez, a que se comprenda el significado verdadero y pleno de cada una de sus diversas partes y a que se favorezca la participación de todos».

El cuerpo participa en la liturgia al mismo nivel que el intelecto y la emotividad. Si lo pensamos un poco más, llegaremos a la conclusión de que es lo más lógico. Es difícil imaginar que la Eucaristía, en cuyo centro oímos: «esto es mi cuerpo», pueda ignorar nuestra corporeidad a lo largo de su celebración.

Tres o incluso cuatro besos

De pie, sentado, arrodillado, señales de la cruz, otros gestos, palabras, cantos, iconografía apelando al sentido de la vista, a veces también el olor del incienso. Todo esto se refiere principalmente a nuestro cuerpo con sus sentidos.

La impresión sensual es seguida por el contenido emocional, intelectual y espiritual.

Entre los muchos signos de los que se teje nuestra liturgia, están también los besos... En la forma actual de la liturgia de la Santa Misa, se prevén tres o incluso cuatro.

El primero es de boda

Primero, el sacerdote que celebra la misa **besa el altar**. Esto sucede al comienzo de la liturgia, justo después de llegar al altar. De hecho, antes de que comience la misa misma.

No es sólo un signo de **reverencia y respeto**, sino también **de ternura y cercanía** propias de una relación basada en el amor.

Este beso nos dice lo que en realidad vamos a celebrar: el encuentro de personas que se aman, Dios y nosotros.

El sacerdote que besa el altar en el umbral de la liturgia es también un signo de la Iglesia, **la Esposa de Cristo**.

Con este gesto ella expresa que ha venido al encuentro del Amado y a ser alimentada por su amor.

Y es como el signo de Cristo besando los labios de su Esposa, aunque ella misma se inclinaría a considerar que su lugar está a lo sumo a sus pies.

El segundo por gratitud

El segundo beso litúrgico lo coloca el sacerdote o diácono **sobre el libro** del que acaba de leer el Evangelio, inmediatamente después de decir: he aquí la «Palabra de Dios». Besando el libro, dice en voz baja: «Que las palabras del Evangelio quiten nuestros pecados».

Es un beso **simbólico**. Porque si quisiera besar la Palabra de Dios, el Evangelio, en realidad debería besar los oídos de los reunidos en ese momento...

Entonces besa simbólicamente el libro, expresando **gratitud por el hecho de que el Señor nos esté hablando**; que su Palabra nos acompañe en cada situación de la vida; que tenga el **poder de purificarnos y transformarnos**; que «quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación» (1 Corintios 1,21).

Tercero ¡para todos!

El tercer beso puede chocar por razones culturales. Muchas cartas apostólicas terminan con la invitación a que los destinatarios «se **saluden con ósculo santo**» (cf. Rom 16,16; 1 Cor 16,20; 2 Cor 13,12; 1 Tes 5,26; 1 Pt 5,14).).

A día de hoy, en muchas partes del mundo, un beso es una forma de mostrar **afecto** (por ejemplo, en el saludo).

Es, por supuesto, el momento de expresar el llamado **signo de paz**. La forma de este signo se adapta a la sensibilidad de la comunidad local.

Sin embargo, nada se interpone en el camino de dar una señal de paz de esta forma con personas cercanas, si estamos parados uno al lado del otro en la misa.

El **abrazo** que los sacerdotes que celebran la misa juntos a menudo se dan en este momento es básicamente un sustituto de este beso de paz.

Vale la pena pensar en realizar esta práctica con tus seres queridos. Sobre todo porque en realidad es el único beso que no está «reservado» para el celebrante. También es común darse la mano.

El último, de anhelo

El último beso es de nuevo el beso que da el sacerdote en el altar, después de que el pueblo ha sido despedido.

Una especie de «**despedida**» **del altar**, que nos hace ver la liturgia que acaba de terminar, no como un deber «cumplido», sino como un encuentro que llega a su fin; que se echará de menos y que requiere alguna continuación en el tiempo que sigue a la liturgia.

Como cualquier otro encuentro importante para nosotros, que vivimos también después de su final, esperando el próximo.